

Los Niños de Zaar

E.J. López

Image not found.

Capítulo 1

Los Niños de Zaar

La sensación de llegar a ver el sol salir en el horizonte, luego de haber pasado cuarenta días caminando, es indescriptible. Si hubiera forma de saber cómo se siente presenciar tu propio nacimiento, salir del vientre o sentirse real por primera vez, quizá sería la manera correcta para describir la emoción que nos saltaba en el corazón, que ahora se asomaba por nuestras gargantas intentando salir, al ver aquella esfera brillante color oro, cargada de energía, de calor y de vida, trepar por las pálidas dunas del horizonte, anunciando la llegada del amanecer; tiñendo el cielo nocturno de un naranja o un rosa precioso, que a la vista daba ganas de llorar por su significado, por su gracia, por lo que representaba, por alegrarnos de una manera infinita nuestras desamparadas almas, por hacernos sentir, después de tanto, al fin vivos.

Pasamos cuarenta días sin comer, ni beber, ni dormir, ni reír, solo andar. Corriendo sin saber a donde ir exactamente pero con un punzante y desesperado anhelo por llegar.

Fue todo tan extraño. Ni siquiera recordábamos de hace un par de días porqué lo hacíamos. Pero, ¿quién puede recordar esos detalles luego de haber caminado tanto y tanto? Para entonces tus pies dejan de ser los mismos. A veces te traicionan cayendo a descansar, y tu pecho arde, y sientes fatigado, y ni hablar de la fiebre que calcina tu cuerpo. Llega un momento en el que te sientes muerto con cada paso que das, y al siguiente te sientes todavía peor, aún cuando creías que ya no era posible. Te conviertes en un esqueleto que murió tras huir, luego de pasar su vida caminando. No tenía sentido. Era mejor simplemente acostarse en la roja arena de las afueras de Zaar y morir comido por las bestias, o ser raptados por quienes nos dieron motivo para salir del pueblo y morir en sus manos para ya no sentir más dolor.

Morir así como el pequeño tuerto que nos seguía, el más joven del grupo, de los que salimos de la ciudad aquella tarde. El más joven, y por lo visto el más débil. Pobre. Ni siquiera llegamos a saber su nombre, pero sí que le ofrecimos un funeral y un buen sepulcro; una pequeñita fosa para un niño que no tendría más de seis años, sepultado como un héroe, escondido por la eternidad entre las arenas del desierto. Fue un día bien raro cuando pasó. No hubo ni una sola lágrima, eso sí. Nunca hablamos de ello, salvo cuando nos preguntamos qué hacer con el cuerpo. De resto quedó en el pasado y nada más. Y seguimos los otros cinco nuestro rumbo

sin sendero hacia la nada.

Lo olvidamos muy rápido. Así como olvidamos la razón de nuestro escape de Zaar, si es que fue un escape, pues lo dudo, porque nadie cuerdo dejaría su hogar, a mamá, a papá, a la mesa, a cambio de kilómetros de arena y llagas en los pies. Nadie cuerdo haría tal cosa, y mucho menos nosotros, un grupo de críos cuyo mayor integrante no tendría mas de catorce años. Ni por rebeldía, ni por locura, ni por buscar aventuras, conociendo los peligros que oculta los límites fronterizos de las murallas y todo lo que afuera de ella habita.

¿Pueden creerlo? Un grupo de niños partiendo de casa, sólo contando con la ropa que traían puesta, túnica y un par de abrigos de pieles, condenándose a esa maldición solo porque sí. Ninguno de nosotros lo cree. Debía haber otra razón, pero ninguno la recordaba hasta entonces, justo hasta ese momento, cuando luego de bañarnos con la luz del sol hasta los huesos pudimos recordar el miedo y la soledad de aquella vez.

Estábamos solos y angustiados. Era de noche. Llevábamos ahí encerrados varias horas. Nadie decía una sola palabra. Todo estaba en un perfecto silencio, que se rompía únicamente con la respiración agitada y uniforme de nosotros. Ya empezábamos a acostumbrarnos al fétido olor una vez que el adormecimiento a causa de la putrefacción había comenzado a perder efecto. Nos quedamos ahí un par de horas más hasta que uno de nosotros se dignó a destapar la tapa de la alcantarilla y salir por la escalera de nuevo a la calle.

Cuando estuvimos una vez afuera, el día se levantaba más allá de los edificios, aunque el sol se hallaba oculto entre niebla espesa y baja, roja como la sangre; que al inhalarla era como piedra en nuestros pulmones. No había una sola alma en la Ciudad de Zaar cuando salimos del drenaje. En ninguna tienda, en ninguna casa, ni cuerpos muertos en la acera, ninguna señal de que en algún momento hubo vida en ese territorio. Había frío. Todo era muy confuso.

Nada de eso explica porqué nos lanzamos al desierto descalzos y sin provisiones, sin agua, sin nada. Pensábamos mientras el viento fresco nos soplaba por primera vez después de mucho. Pero corrimos como fobomianos o deiomonianos, tal cual como si nos persiguieran bestias hambrientas. O, ¿eso fue lo que nos pidieron? "Escóndanse y luego huyan, estarán bien". No lo sabemos. No lo entendemos. No explica nada.

Quizá simplemente lo hicimos y eso fue todo. Llegamos hasta aquí posiblemente sin razón, solo para vernos los unos a los otros a las caras y llorar luego de que nuestras lágrimas se habían secado por tanto tiempo, desde que descubrimos que no había ninguna razón para el llanto, esa misma tarde cuando entendimos que estábamos solos. Que nuestros padres, abuelos y hermanos, amigos, vecinos y conocidos, no vendrían

por nosotros. Que estábamos realmente solos y era todo.

No había razones para extrañar o anhelar, o desear estar con personas que a partir de ese momento habían dejado de existir para siempre. Y no era perder la esperanza, por supuesto que no, era abrazar la realidad tal y como es, y descubrir que lo único posible y accesible a nuestras pequeñas manos era hacernos fuertes y seguir, y llegar donde alguien nos dijo. Pero todavía, con el sol frente a nosotros, no sabemos hacia dónde era. Y hasta entonces no nos preguntamos tal cosa, ¿a dónde íbamos? Ni en su momento, ¿por qué no regresamos? ¿Era muy tarde para hacerlo? ¿O no había razones para volver? ¿O es que cuando tienes miedo solo puedes ir hacia adelante y nunca mirar hacia atrás?

A todas estas... ¿dónde estaba Zaar?

No se veía en ningún horizonte. Todo estaba cubierto de montañas rojas de arena y de aquel humo espeso, que desapareció hace unos minutos cuando por fin llegó el amanecer. Por eso nos dio tanta alegría presenciarlo, nos llenó de esperanza tal vez de poder volver a nuestra ciudad. Que de pronto se asomara entre las dunas invitándonos a una cómoda cama, a una comida caliente, o por lo menos un poco de agua. No hay nada peor que la comida del desierto, querido lector. No hay nada peor que comer bichos o pequeñas bestias aparentemente inofensivas.

Pero eso no era lo peor del viaje. Las noches: eso sí era el sufrimiento total en carne viva. Soñar siempre el mismo sueño, todos nosotros, todas y cada una de las noches, a la misma hora. Todos despertando al mismo tiempo, bañados en sudor, acostados en la arena, acompañados solo de Fobos y Deimos en el firmamento, deseando que todo aquello saliera por fin de nuestras cabezas. Para eso deseábamos ver el sol.

Tal vez la razón de su ausencia era el motivo de nuestras pesadillas.

Oh, gran sol, hermoso sol que quemas nuestra piel y alivias nuestras penumbrosas almas. Que espantas las tormentas y liberas nuestras mentes. Gracias, gigantesco y brillante sol, por aparecer después de tu extensa ausencia. Porque soñar con conquistadores masacrando pueblos cada noche no es bueno ni sano para ningún niño. Cada rayo era una caricia, y con cada caricia un recuerdo tormentoso.

Despertamos rodeados de un cielo carmesí repleto de vehículos voladores que chillaban anunciando la guerra, acompañado del ruido de las sirenas, de la silueta de tus conocidos corriendo de aquí para allá, siendo perseguidos por los seres que bajaron de las estrellas hace unos años, solo para fastidiarnos. Los mismos que se habían aprovechado de nuestra hospitalidad. Algunos de nuestros conocidos siendo capturados, o aporreados en plena avenida, o recogidos como basura del suelo. Ellos se creían nuestros dioses, superiores a nosotros, por su piel blanca y por

venir de lejos. Y eran las voces de nuestros padres diciendo: "¡Corran! ¡Corran!". Pero, ¿hacia donde? Entonces la nube espesa se acercaba, y muy a lo lejos nuestros conocidos se iban quedando dormidos. Los adultos son muy estúpidos, ¿por qué dormían si era tiempo de correr?

Otro rayo del sol, otra caricia, otro recuerdo.

Entonces alguno de ellos, abrió la puerta del drenaje. Nos pidió que bajáramos por la escalera. Que nos quedáramos ahí hasta que la sirena dejará de sonar. Que durmiéramos un rato, o que simplemente esperáramos y que luego, cuando todo terminara, corriéramos. Pero... ¿a dónde?

Estúpida puerta que se abrió en nuestras mentes de pronto. Nada de eso era cierto. Tal vez los seres nunca llegaron. Tal vez eso jamás pasó. Quizá todo era un sueño, uno que nos atormenta cada vez que cerramos nuestros ojitos para descansar. Pero, ¿cómo saberlo? Al fin y al cabo seguíamos ahí, solos y confundidos. Si todo eso era cierto explicaba algunas cosas, pero no del todo. Y siendo falso continuamos igual, nada cambiaba. Seguiríamos confundidos y ya.

Aquello no podía ser cierto. Esas imágenes en nuestras cabezas, esos sueños. ¿Por qué los seres harían aquellas horribles cosas? Si bien, ellos se parecen en muchas cosas a nosotros, son algo raros. Solo piensan en ellos mismos todo el tiempo, y nos molestan de cuando en cuando. Pero eso era todo. Ellos llegaron a gobernarnos desde hace unos años, aunque no sabemos exactamente qué quieren decir nuestros padres con eso de "gobernar", pues cada vez que preguntábamos lo único que nos decían era eso de "ellos nos dan de comer y nosotros le debemos respeto".

No creemos que eso signifique que sean así de malos, o que se hayan portado de esa manera con nuestros conocidos. Nunca habían realizado actos como aquellos. No hay explicación para toda esa violencia, para ese comportamiento. Somos diferentes, sí. Ellos nos gobiernan, sí; y nosotros siempre le guardamos respeto. Mucho respeto. Entonces, ¿por qué harían aquello? En un día todo estaba en orden y al siguiente hay muchos de nuestros conocidos en la calle, hay fuego y suena la sirena. Más tarde llega el humo, los caídos y los niños al drenaje.

Si te preguntan porqué corriste 40 días por el desierto, ¿cómo explicas que esa fue la razón? Es más... ¿serías capaz de creerle a un niño que te cuenta todo esto? Seguro que no. No les creerías mucho menos a cinco niños viniendo de Zaar. Ni siquiera les creerías que vengan de Zaar. No nos creerías. Por lo tanto toda esa historia es falsa y es solo un sueño. A menos que de verdad nos creas, y si lo haces entenderás que somos, nada más y nada menos que Los Niños de Zaar. "Los auténticos y reales niños de Zaar", según nos llamó mucho después el sujeto del camello lanudo. "Los sobrevivientes a la peor de las matanzas". "Los últimos Niños

de Zaar”.

Pero nunca lo creerás. Los adultos son estúpidos, en especial los de tu raza, aún teniendo la realidad en sus narices no son capaces de abrazarla.

Volviendo al gran sol... ahí seguía. Cada vez más cerca de nuestros cansados rostros. Calmando nuestras almas, meciendo nuestros cuerpos en su calor y en su brillo, como si fuéramos recién nacidos. Oh, gracias sol, por aparecer. Aunque sea cuarenta días después de cuando más te necesitábamos. Ahí estás, y eres más que suficiente. Corrimos a ti como si huyéramos de algo, del pasado, como si los seres nos persiguieran. Pero siempre estuvimos a salvo. Nada podía hacernos daño. La peor de las noches había pasado, y los tiempos oscuros habían quedado tan atrás como el cadáver del niño tuerto sepultado en las arenas del desierto, allá a unos cuantos kilómetros de Zaar. Lo que hace 40 días era la ciudad más poblada de la región de Cydonia, y de cuyos habitantes ya quizá solo quedábamos nosotros, los niños que se escondieron en el drenaje. Los mismos que esa tarde corrimos hacia ti.

Era como correr hacia un ser querido, ¿sabes? Cuando se te olvida el dolor en los pies, y el peso en el pecho, o el mareo o la fatiga; y corres a sus brazos como si tu vida se escapara de tus manos, y dependieras de colgarte en sus brazos porque solo ahí estarás bien, apenas sientas el calor de su piel, el amor que se profesa de mejilla a mejilla, o al sentir que ambas miradas colidan. Como cuando pasas tanto tiempo sin ver a esa persona que tanto amas, y cuando la ves corres a su presencia porque solo en ese momento el miedo desaparecerá. Lo mismo que siente el soldado que va a la guerra por meses, o años, o quizá solo por un par de días u horas, pero que al volver a casa, tan solo al cruzar el umbral se siente por fin seguro. O el raptado, o el preso al ser liberado. Era lo que buscabas, lo que tanto querías, lo que ansiabas, y justo ahora se encuentra frente a ti.

Eras justo lo que queríamos y que no lo sabíamos al momento que nos dijeron: “corran”. Pero siempre fue hacia ti. Porque significabas estar de nuevo a salvo. Significabas dejar todo el humo atrás y correr hacia el despejado cielo rojizo, después de tanta oscuridad.

Nuestros corazones latían tan fuertes. Ya no había tristeza. No había nada por qué preocuparse y por eso volvíamos a llorar, por sentir tal júbilo. Volvíamos a ser felices, y cada vez más felices con cada paso hacia el sol, con cada recuerdo, cada caricia. Su poder era indescriptible.

El sujeto del camello lanudo apareció desde tu horizonte ese mismo día. Nos dio de comer y de beber por varias noches y nosotros le contamos la historia hasta que dimos con su presencia. Fue él quien nos ayudó a comprender, fue él quien nos colocó aquel emblema: “Los últimos Niños

de Zaar", y quién nos contó lo que de verdad pasó.

Él si estaba enterado de todo con lujo de detalles. Él venía de una ciudad vecina oculta bajo la arena, aún no descubierta por los seres que bajaron de las estrellas a quienes apodó como "Invasores", y no como gobernantes. Su piel era escamosa y ligeramente verde. Nunca habíamos visto un sujeto como él, y traía en su camello lanudo toda clase de cosas maravillosas, como una carpa par adormir cómodos, alimentos de todo tipo, bebidas sabrosas, mapas y artilugios de toda clase; hasta libros en una lengua completamente desconocida. Nuestros padres nos hablaron de ellos, pero hasta entonces eran un mito. Criaturas parecidas a nosotros, y a los que bajaron de las estrellas, pero escondidos bajo las dunas del desierto. Para llegar a su ciudad secreta era necesario perseguir al sol pues nadie sabía exactamente donde yacía escondida su civilización y nadie sabía como lucían exactamente o como hablaban, o qué tan mal se comportaban.

Ahora el mito era cierto. Y hablaban perfectamente nuestro idioma y muchos otros idiomas que sin duda no conocíamos. Nos explicó que nos enviaron a correr hacía el desierto en busca de su gente para poder sobrevivir y que era cierto que para encontrar las puertas era necesario caminar directo hacía el punto por donde sale el sol al amanecer y que al cabo de unos cuantos días tarde o temprano el umbral abriría sus puertas para recibirnos. Sin embargo, como vieron que pasaron treinta y nueve días y la gente de Zaar no aparecía, lo enviaron a él a explorar el desierto que conecta ambas ciudades en busca de algún sobreviviente.

Y fue ahí cuando nos encontró y su alma se alegró al vernos cuerdos y con vida, pues significaba que no todo estaba perdido.

Nos llevó en su camello lanudo en dirección hacía donde aparece el sol al amanecer, y al cabo de unas cuantas horas por fin llegamos. El sol estaba justo en nuestros rostros. Abrimos nuestros brazos como árboles sintiéndonos inmortales, como si nada hubiera pasado. Nos bañamos con su poder, nos hicimos fuertes, no había nada en nuestras mentes. Ni los seres malos que vinieron de las estrellas, ni los caídos, ni el humo, ni el drenaje. Todo aquello había quedado tan atrás que ni siquiera había espacio en nuestra memoria para Zaar. Éramos niños nuevos, con heridas curadas y cicatrizadas. Sin pies cansados y sin llagas. Sin fiebre y sin labios secos. Nuestros corazones habían vuelto a latir. Todo aquello era un nuevo comienzo.

El sujeto del camello lanudo nos dejó en los pilares que eran la entrada a su ciudad oculta y nos indicó la caverna que era la puerta principal donde aseguró que nos estarían esperando para atendernos y darnos la bienvenida como héroes y sobrevivientes. Él se despidió con mucho cariño y juró que buscaría de nosotros después, pero que ahora le correspondía volver al desierto para buscar algún otro sobreviviente de la masacre de

Zaar. Desapareció al momento entre las dunas montado en su camello lanudo.

Entonces, en ese mismo momento, luego de cantar y reír, y abrazarnos los unos a los otros, del suelo salió un objeto. Lo pisábamos con los pies. Era plano, redondo, grande y brillante: era un espejo donde se reflejaba el hermoso sol. Nos inclinamos hacia el de rodillas, y observamos nuestros rostros, eran igual de jóvenes que hace cuarenta días. Pero con nuestros dedos tocamos el espejo, quizá para sentir el sol aún más cerca, no lo sabemos. Tocamos el espejo y algo muy raro pasó: al ver nuestros rostros de nuevo estaban llenos de arrugas, nuestro cabello era blanco, y nuestros cuerpos eran diferentes. ¿Por qué habíamos envejecido?

E.J. López